

de abolir por sí sola la Confederación germánica y crear otra nueva de la Alemania del Norte. Parece que el tsar Alejandro II se dirigió personalmente á Napoleón para pedirle que se asociase á la protesta de Rusia; pero aunque era probable que Inglaterra aceptara, el emperador no se adhirió á las ideas del gobierno ruso.

Se explica que Napoleón no fuese ya partidario de la reunión de un congreso europeo, porque éste no hubiera consentido la rectificación de la frontera á favor de Francia, con la que soñaban lo mismo el emperador que su ministro M. Drouyn de Lhuys; si bien éste confiaba obtenerla por medio de una actitud apoyada por los armamentos, mientras que Napoleón contaba llegar al mismo resultado gracias á la buena voluntad de Prusia.

## XXIV

## LA PAZ DE NIKOLSBURGO. — LA FRONTERA DEL RHIN.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida de Austria de la confederación alemana, condición que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés. Napoleón juzgó que si salía Austria de la confederación era justo que se le garantizara la inviolabilidad de su propio territorio. En su consecuencia, recomendó el siguiente proyecto de bases de paz á los interesados, á los cuales lo participó Drouyn de Lhuys en 14 de julio:

- 1.º Se conservará el territorio de Austria, exceptuando á Venecia.
- 2.º Austria reconoce la disolución de la actual confederación alemana y no se opone á la formación de una nueva confederación en Alemania, en la que no tomará parte alguna.
- 3.º Prusia formará una confederación de la Alemania del Norte que comprenderá todos los Estados al Norte de la línea del Mein, y se encarga del mando en jefe de las fuerzas armadas de estos Estados.
- 4.º Los Estados alemanes situados al Sur del Mein tendrán el derecho de formar una federación de la Alemania del Sur, federación que tendrá una existencia internacional independiente.
- 5.º Las relaciones internacionales entre la confederación del Norte y la del Sur de Alemania se arreglarán libremente de común acuerdo.
- 6.º Los ducados del Elba serán reunidos á la Prusia, excepto los distritos en el Norte del Schleswig, cuyos habitantes deseen ser devueltos, conforme podrán manifestarlo libremente, á la Dinamarca. El Austria y sus aliados indemnizan á la Prusia de una parte de sus gastos de guerra.
- Y 7.º Si estas bases fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, podría hacerse inmediatamente un armisticio y quedaría abierto el camino para el restablecimiento de una paz sólida y equitativa.

No se hablaba de las pretensiones ya anunciadas de Prusia de ensanchar su territorio para unir las dos grandes fracciones de la monarquía prusiana. El rey de Prusia hizo telegrafiar á París que no podía considerar el proyecto de paz suficiente, porque era necesario un aumento territorial de Prusia á expensas de los Estados enemigos en el Norte de Alemania; pero que bastaba, suponiendo el consentimiento de Italia, para un armisticio con el objeto de llegar á una

paz definitiva. Benedetti fué á Nikolsburgo, donde el rey Guillermo había establecido la noche del 18 de julio su cuartel general, á cuyo punto también llegó el conde de Barral, embajador de Italia. El 19 el embajador francés anunció que Austria admitía en principio las bases propuestas por Francia y estaba pronta á aceptar un armisticio para tratar de las condiciones previas de la paz. Prusia declaró que estaba dispuesta á suspender durante cinco días las hostilidades.

Aquel mismo día se dirigió Bismarck al embajador de Prusia en París diciéndole que el rey había dado su permiso para la tregua, pero no sin dificultades, aun en la suposición segura de que la paz daría un aumento considerable de territorio en el Norte de Alemania. «Ha dicho, añadía Bismarck, y lo participo á V. E. para su gobierno personal y enteramente íntimo, que preferiría abdicar á regresar sin un considerable aumento territorial, y hoy ha llamado aquí al príncipe heredero.»

El día en que Bismarck escribió estas líneas en Nikolsburgo, su embajador, el conde de Goltz, había obtenido en Saint-Cloud un triunfo que excedió las esperanzas más atrevidas del ministro de Prusia. El conde de Goltz se había captado en la corte imperial una confianza excepcional, por haber logrado de la emperatriz la misma consideración que le dispensaba el emperador. El 18 de julio se presentó á Drouyn de Lhuys, vituperó al conde de Bismarck su presunción y su modo de proceder, y dijo que iba á enviarle su dimisión; que le había tocado la misión de presentar exigencias que condenaba, contrarias á sus principios y hasta á sus declaraciones anteriores; pero había recibido instrucciones dictadas por el mismo rey; la corte estaba embriagada por la victoria y Bismarck empujaba. Goltz esperaba que el gobierno imperial, teniendo en cuenta las circunstancias, facilitaría al rey el medio de satisfacer las exigencias del ejército y de la opinión, pues de otra manera se dirigirían contra aquellos que quisieran disputar á Prusia el premio de sus victorias y de sus sacrificios. Por conclusión añadió que sólo se trataba de algunos jirones de territorio con trescientas mil almas apenas, que pagaría en su mayor parte el príncipe elector de Hesse, abominado por sus súbditos. Dicho esto, sacó del bolsillo un mapa de Alemania, esforzándose en hacer ver al ministro que con un pedacito de Hesse, otro de Sajonia y otro de Hannover se llenarían los sensibles claros que separaban á la Prusia antigua de la moderna, lo cual, por supuesto, no valía la pena de que por ello se disgustase un país tan grande como la Francia ni se trastornara el equilibrio europeo.

El ministro francés le contestó que tenía razón, que 300.000 almas poco significaban; pero que la transmisión de una población de un gobierno á otro sería siempre un asunto suficientemente grave para ser meditado maduramente y que necesitaba ser aprobado por toda Europa; «por lo demás, le dijo, no puede usted haber olvidado lo que le he repetido siempre: que toda anexión en la orilla derecha del Rhin exigiría inevitablemente anexiones en la orilla izquierda. — Las órdenes del rey, dijo el embajador, son formales, y rechaza toda ce-

sión de territorio por su parte. — Si es así, dijo el ministro, levantándose de su asiento, no tenemos que hablar una palabra más, y queda de mi cuenta el enterar al emperador de las comunicaciones de usted.» Goltz se anticipó á Drouyn de Lhuys, pues se fué á Saint-Cloud para hablar á Napoleón, por quien fué recibido sin muchas formalidades. El embajador prusiano obtuvo una victoria completa; y cuando á la mañana siguiente se volvió á presentar en el ministerio de Negocios extranjeros, hizo saber á Drouyn de Lhuys que el emperador no solamente había reconocido el principio de la unificación territorial, sino que había prometido prestar su apoyo para que Prusia consiguiera la incorporación del Hannover, del Hesse electoral, de Nassau y de Francfort con 4 500,000 almas aproximadamente, dejando para negociaciones posteriores, añadió Goltz, la fijación de compensaciones que se pedirían para Francia, como era equitativo, compensaciones en las cuales no creía el prusiano, pero que eran el cebo que había mordido Napoleón. Sin duda Bismarck había señalado al embajador un máximo y un mínimo de exigencias. Con el mínimo se había presentado en el despacho del ministro, y había sido rechazado; pero el emperador le concedió el máximo en la esperanza de recibir la recompensa.

El conde de Goltz aprovechó con audacia las costumbres de la corte imperial, que había prescindido de ciertas reglas de las demás cortes, que impiden que el soberano pueda ser sorprendido; algunos representantes del extranjero habían aprovechado esta circunstancia para conquistarse una posición privilegiada y hasta excepcional en la corte de Francia. «¿Por qué, dice Rothan, no debía creérseles? Decían que Francia era su segunda patria, la patria que habrían elegido ellos, donde eran felices; estaban orgullosos de la preeminencia de Francia y parecía que obraban contra su conciencia al hacer ciertas cosas á que sus gobiernos les obligaban. Así es que delante de ellos se hablaba de las cosas más delicadas y se les permitía mezclarse en nuestras discusiones, comunicar noticias á los periódicos y estar en relación manifiesta con adversarios declarados del gobierno. Todas las puertas les estaban abiertas de par en par. En todas las fiestas tomaban parte, tanto en las pequeñas reuniones de los lunes como en las cacerías y en las ambicionadas sociedades llamadas de *serie*, en Compiègne y Fontainebleau. De esta manera, cualquier día, en las relaciones personales más estrechas y escogiendo el momento más favorable, podían lograr de un hombre tan bondadoso como era el emperador concesiones y promesas que muchas veces estaban en completa contradicción con los intereses que nuestra política oficial debía amparar y conservar. Así sucedía que nuestra voz (la de los empleados diplomáticos) perdía su fuerza, porque era muy frecuentemente contraria á lo que se había dicho en las Tullerías. Así ocurrió que el barón de Talleyrand protestó en tono amenazador contra la invasión en las Marcas cuando el conde de Cavour tenía ya en el bolsillo el despacho que decía: *Fa presto*, concesión que Farini había sabido arrancar al emperador en las festividades de Chambery.»

La primera declaración que Bismarck hizo al empezar las negociaciones fué que Prusia trataba solamente con Austria, es decir, con exclusión de los aliados alemanes de Austria, sin reconocer ninguna de las obligaciones que esta potencia había contraído para con ellos en virtud del pacto federal antiguo. Concedido esto por Austria, hizo Bismarck otra declaración, que comunicó Benedetti en 24 de julio á París, á saber: que el gobierno prusiano rompería las negociaciones si el gabinete de Viena no accedía al aumento territorial de Prusia en la Alemania del Norte; y enseñando los últimos despachos del embajador prusiano en París, demostró que en esta parte tenía la conformidad de Francia.

Austria pidió la integridad de su territorio y de Sajonia, petición apoyada por Francia y concedida por Prusia, con lo cual pudo considerarse acabada la guerra y asegurada la paz; Benedetti escribió á su gobierno en 25 de julio: «Se han entendido las partes respecto de los gastos de guerra, que quedan fijados en veinte millones de talers. Prusia se obliga á conservar á Sajonia sus fronteras, y Austria promete no oponerse al ensanche de Prusia en el Norte.»

En virtud del tratado con Austria y de la mediación de Francia se presentó en Nikolsburgo el ministro bávaro Pfordten, á quien Bismarck trató duramente, diciéndole que Baviera estaba excluida de las negociaciones sobre el armisticio, que tendría que pagar una considerable contribución de guerra y ceder una parte importante de su territorio. El bávaro, asustado, buscó el amparo de Benedetti, quien consideraba la defensa de la integridad territorial de Baviera como deber de todo ministro francés; pero quedó desconcertado cuando Bismarck le enseñó un despacho del embajador prusiano en París, en el cual éste participaba que el emperador Napoleón comprendía que sería difícil reunir el alto Hesse á la confederación del Norte de Alemania y que preferiría que se indujera al gran duque de Hesse á que renunciara á favor de Prusia al alto Hesse en cambio de la Baviera rhiniana. Baviera se vió, pues, abandonada á la vez por Austria y por Francia.

El 26 de julio fueron firmados los preliminares y ratificados por los dos monarcas en 28 del mismo mes. Los italianos habían ocupado el Tirol meridional y pidieron que se reconociera á Italia en el armisticio el derecho de *Uti possidetis*; mas esta exigencia no fué apoyada por Prusia. Víctor Manuel se dirigió á Napoleón, que tuvo la debilidad de hacer suya la exigencia del vencido de Custozza y de Lissa y de apoyarla en Viena; pero el gobierno austriaco se mantuvo firme, y el archiduque Alberto hizo saber al general Lamármora que volvería á emprender la ofensiva si el Tirol no quedaba evacuado en veinticuatro horas. El emperador dió nuevos pasos á favor de Italia; pero el ministro de Austria, Mensdorff, contestó por telégrafo: «El armisticio se firmará tan pronto como quede evacuado el Tirol.» Italia tuvo que ceder, y su empeño sólo sirvió para hacer ver á la corte de Austria lo que era la mediación francesa.

La prisa de Bismarck para firmar los preliminares de paz sin aguardar á Italia, fué debida á una razón poderosa, entonces ignorada. De las revelaciones

de Rothan resulta que la causa debió ser la actitud de Rusia, que súbitamente abandonó su retraimiento y pidió la convocación de un congreso europeo, lo que podía dificultar todas las negociaciones que estaban á punto de terminar. El embajador de Rusia en Berlín, conde de Oubril, declaró al ministro interino Wérther que su gobierno consideraría nulos todos los cambios territoriales y políticos que Prusia se proponía en Alemania si no eran sometidos á la libre discusión de una conferencia internacional, cuya autoridad el mismo gabinete de Berlín había reconocido antes de la guerra. El ministro interino de Negocios extranjeros de Prusia no estaba preparado para semejante comunicación y no quiso darse por enterado oficialmente, á lo cual contestó el embajador de Rusia: «Si no le basta una comunicación verbal, se le dirá en una nota; tanto se nos da.» Al instante se enteró de esto el gabinete de las Tullerías, y el embajador ruso en París, barón de Budberg, hizo los mayores esfuerzos para ponerlo de su lado. Si el emperador Napoleón no hubiese tenido la más absoluta confianza en lograrlo todo de la amistad de Prusia, se habría adherido á la proposición de Rusia, aprovechando la ocasión de convertirse en árbitro de Prusia, Austria é Italia; pero la rechazó, porque confiaba en las compensaciones que le había hecho entrever Goltz, y en que Bismarck se mostraría agradecido.

Napoleón pensaba recobrar la frontera del Rin como compensación del engrandecimiento territorial de Prusia en el Norte de Alemania. Esta pretensión de Napoleón fué presentada en Nikolsburgo, y como no podía ser sometida á un congreso europeo, por eso no aceptó la idea de Rusia.

Napoleón III fué el primer soberano francés que conoció y apreció á Alemania, que nunca odió ni despreció á los alemanes, y que hasta envidió y admiró á los prusianos, debido tal vez á que no se crió ni educó en Francia, sino en el ostracismo, entre alemanes y suizos, enlazándose sus mejores recuerdos de la edad juvenil con el instituto de segunda enseñanza de Augsburgo y el castillo de Arenenberg, cerca de Constanza. Del tiempo de su prisión en Ham data un artículo notable escrito por él, en el que estudia la organización militar prusiana, la ensalza y presenta como modelo al ejército francés. También pensó de muy diferente modo que los políticos respecto á las relaciones de Prusia con Francia. Siendo presidente, lo mismo que cuando fué emperador de los franceses, se empeñó en hacer saber en Berlín que consideraba á Prusia, y no á Austria, como la verdadera gran potencia de Alemania; que creía insostenibles las fronteras de Prusia y su subordinación á Austria como cabeza de la confederación, y que estaba animado del vivísimo deseo de ver destruído el dominio del Austria sobre Alemania é Italia, y hasta de cooperar á su destrucción. Tales proyectos suponían una reserva que hacía imposible á cualquier rey de Prusia entrar en negociaciones, cosa que no comprendió Napoleón y acabó por ser funesta al mismo emperador y á su política alemana. En agosto de 1857, hallándose Napoleón en Osborne de sobremesa con el príncipe Alberto, dijo á éste, mientras tomaba café, que para consolidar á su familia